

literatos, sino que su fin principal tendia á crear hombres probos en el estudio, como en los ocios y pasatiempos, se improvisaban párvulos con los niños para conducirlos gradualmente á la madurez. Pomey escribía para ellos su *Tratado de las particulas*, su *Indiculus universitatis*, su *Flos latinitatis*, y demás obras clásicas, cuya memoria conservan aun los profesores instruidos; Manuel Álvarez les dedicaba su gramática latina; Ricciolini, su prosodia, cuya reputacion ha pasado á ser europea, y el P. Girandeu publicaba su gramática griega y su odisea bajo el nombre de *Praxis linguæ sacrae*, poniendo después al alcance de la juventud el estudio del hebreo. Juvency, que hubiera podido ser, como Girandeu, uno de los hombres mas notables de su siglo por el aticismo de su ingenio y la delicadeza de su pensamiento, se anonadó, se condenó á una oscuridad voluntaria, sepultó el esplendor de sus luces, consumió en los colegios una existencia laboriosa, al par que doctas vigiliás, para inspirar á la juventud el amor á lo bello y lo verdadero, porque creían todos ellos con Quintiliano, que la escuela en que se aprendía á vivir mejor, debia siempre ser preferida á la en que se aprendiese á mejor decir.

A cualquier establecimiento de los Jesuitas que uno se dirija, á cualquier colegio que la casualidad os lleve, encontraréis siempre un Padre que consagró sus afanes á la educacion de los niños. Aquí es un Cygne que traza preceptos metódicos sobre la retórica, la poesía y la historia, y que ofreció á sus imitadores en su edicion de los *Discursos de Ciceron*, un ejemplo de análisis que solo podrán seguir de léjos. Allí es el P. de Larue, comentando á Horacio y Virgilio á la manera de Aldo Manucio. Mas adelante se dejan observar las generaciones de los Jesuitas, colocando en las cátedras de instruccion pública á los Guerreros, Perpiñan, Maldonado, Abran, Lacerda, Colonia, Bencio, Gottifredi, Pimenta de Santaren, Remond, Adrian de Bolonia, Le Jay, Gualtero, Porée, Sanadon y Buffier, celebridades de colegio, á quienes han hecho célebres la amistad y la gratitud de sus ilustres discípulos. Mientras que el P. Aler inventa su *Gradus ad Parnassum*, el Padre Lebrun recopila su *Diccionario*, cuya gloria se ha apropiado Lallemand; el P. Joubert se hace el Noël de su tiempo; de Agunio compone sus *Lecciones especiales* sobre la estrategia, la arquitectura y la agronomía; Vanière publica su excelente *Diccionario poético*, y Ferrari confía á la prensa su *Diccionario siríaco*. Casi en

la misma época redactan otros Jesuitas el célebre *Diccionario de Trévoux*, y escribe el P. La Hoste su obra elemental sobre la marina, obra que los náuticos llaman el *libro del Jesuita*, y que ha servido para educar á todos los jefes de escuadra que han hecho triunfar sobre las olas al pabellon de su patria. Mortemar, Tourville y de Estrées no realizaban sus expediciones marítimas, sin que les acompañase y aconsejase este Padre en su ruta; y su *libro* se habia hecho clásico hasta en las escuelas de Inglaterra, de la enemiga de los Jesuitas y de su Compañía, habiendo servido de guia hasta á principios del siglo XIX á esos oficiales audaces y experimentados que son el orgullo de la marina británica<sup>1</sup>.

Los Jesuitas no se limitan á estos trabajos para los cuales hallaba la Compañía una recompensa en la admiracion y el aprecio de la Europa literaria. Tal vez el gusto del estudio y la necesidad de propagarle hayan podido, prescindiendo del móvil de la religion, á que debian referirlo todo, inspirarles estos sacrificios; pero lo cierto es, que aquel desinterés se propaga del otro lado de los mares, y en todos los continentes donde han enarbolado la Cruz, y donde han pasado á bañarla con su sangre, se les ve investigando el secreto de los idiomas mas bárbaros, y que en medio de los peligros que á cada paso les ofrecen las misiones, escriben obras elementales y componen catecismos. Los indios, los japoneses, los chinos, los pueblos de la antigua Asia, y las tribus errantes de la Nueva América, se llenan de un santo estupor al ver enriquecerse un idioma que apenas conocen, bajo la mano del Jesuita que les presenta unos rudimentos y un diccionario.

El número de Jesuitas que, segun Ribadeneira, Alegambe, Soutwell y Caballero, su continuador, escribieron tanto sobre la gramática en general, como respecto á los idiomas vivos ó muertos, asciende al de trescientos y tantos; quienes con el objeto de preparar á los niños de ambos hemisferios al estudio de mas de noventa y cinco idiomas, dieron á luz sobre esta materia tan útil como ingrata y árida, mas de cuatrocientas obras elementales. La mas célebre de todas las gramáticas de los Jesuitas, es sin disputa la del P. Manuel Álvarez, comentada, desarrollada y compendiada

<sup>1</sup> Corroborando el conde de Maistre, en su obra de la *Iglesia galicana*, página 60, el hecho que acabamos de exponer, dice: «Aun no hace diez años que me aseguró un almirante inglés haber recibido sus primeras instrucciones en el *libro del Jesuita*.»

sucesivamente por todos los latinistas, sin poderla jamás aventajar. Para mejor instruir la juventud en el latín, el P. Álvarez había trazado tan correctamente sus reglas como fue posible. Es verdad que ahora ha prevalecido un método contrario; pero aunque no es esta la ocasión más oportuna para juzgar ambos, y poner al Instituto de los Jesuitas en oposición con Port-Royal; sin embargo, no podemos menos de asegurar que el plan de Álvarez economizó un tiempo precioso, puesto que la lengua que se trata de enseñar á la infancia se graba en su mente al mismo tiempo que el precepto, é inoculándose en ella la práctica al mismo tiempo que la teórica, se creaban, casi sin trabajo, hábiles latinistas. Este método fue constantemente seguido por los Jesuitas y universitarios, hasta el momento en que Laniclot lo abandonó. Álvarez no inventó ciertamente el sistema de enseñar latín por el latín, sino el arte de enseñarle: dedujo sus reglas con claridad y precisión; resolvió sus dificultades, aplicó los preceptos al par de los ejemplos; y pasando su libro como el de Despantere á ser clásico, produjo esas generaciones, que hizo tan sabias el estudio de los grandes modelos. Mas no impidió á los Jesuitas la perfección de una gramática el buscar nuevas mejoras en la experiencia. Conocían que sus esfuerzos debían tender á hacer amable el trabajo; y al paso que recomendaban el uso de la gramática de Álvarez, el *Ratio studiorum*<sup>1</sup> dejaba á los Padres una amplia libertad de elección.

Álvarez, sin embargo, no es el primer Jesuita que ha dado á luz una obra elemental: el holandés Cornelio Crocus y el poeta Frusis habían emprendido ya esta tarea en aquella Roma en que parecen fecundizarse todas las tentativas afortunadas. También en esta ciudad el P. Turselino había compuesto su *Tratado de las partículas*, que después fue enriquecido y adicionado con importantes notas por los literatos alemanes Thomasius, Schwartz y Henmann. Los PP. Antonio Vallesi, Ricardo Essius, Carlos Pajot, Miguel Coyssard, de Colonia, Monet, Pomey, Fischet, Nicot, Francisco de la Cruz, Pedro de Campneuf y cien y cien otros,

<sup>1</sup> « Dabit operam ut nostri magistri utantur grammatica Emmanuelis. Quod « si methodi accuratioris quam puerorum captus ferat alicubi videatur, vel ro-  
« manam, vel similem curet conficiendam, consulto praeposito generali, salva  
« tamen ipsa vi ac proprietate omnium praeceptorum Emmanuelis. » (*Ratio stu-  
diorum*, Regulae provinciales, num. 23).

profundizaron los arcanos de la sintaxis y la prosodia para ponerlas al alcance de la infancia. Fijos en una idea que debe aplaudir la ciencia, consagraban estos hombres de elevada inteligencia los afanes de su vida entera á remover las dificultades, por decirlo así, materiales de las lenguas muertas, sumiéndose por abnegación en las tinieblas de esta noche oscura, de la que sabían hacer brotar un raudal de luces; y explicando unos, desarrollando y haciendo fáciles los principios del griego y del latín; llegaron otros, como Monet, Lebrun, Bordon y Joubert, á inaugurar el vasto edificio de los diccionarios. Vinieron después de ellos especuladores más hábiles, aunque menos doctos que los Padres de la Compañía, y se aprovecharon del fruto de sus vigilijs; y olvidando hasta los nombres de aquellos cuyos trabajos plagiaban, se improvisaron una fortuna y un título de gloria á favor de este plagio; Noël se mostró más equitativo, y tributa al Instituto y al Padre Vanniére, en el prólogo de su *Gradus*, la gloria que se merecen. « A los Jesuitas especialmente es á quienes se debe la idea « y la ejecución, dice, del diccionario conocido en los estudios « bajo el nombre de *Gradus ad Parnassum*. Convencido por un exá-  
« men profundo de que no podía hacer cosa mejor que tomar por  
« basa este diccionario, é imitar á Vanniére.... he creído deber  
« también consultar los diferentes clásicos del mismo género; y,  
« después de haber cotejado los publicados en Alemania, Italia  
« é Inglaterra, he conocido ser idénticos al que ya estaba gene-  
« ralmente adoptado. »

Propagábase por las distintas regiones del globo la impulsión dada por los Jesuitas: do quiera publicaban obras elementales como el fundamento de la educación; en todas partes formaban sabios lexicógrafos. La Italia, la España, el Portugal, la Sicilia, la Bélgica y la Alemania, los contaron en cada siglo; y los nombres de Francisco de Castro, Bartolomé Bravo, Gerardo Montano, Pedro de Salas, Valeriano Requejo y Juan de la Cerda, han pasado en la Península á ser populares como los de Horacio Turselino, Félix Felice, Miguel de Bono y Pedro Ricci en Italia, como los de Juan Grothans, Mateo Marachy, Wolfango Schonslder en Alemania, Constantino Syrwid y Gerardo Enapins en Polonia, y Benito Pereira en Portugal.

Y si los citados Jesuitas habían reunido materiales inmensos para simplificar el estudio del latín, no fueron menos laboriosos

y diligentes otros para realizar la misma tarea para el griego. Si Andrés Perrizavales, nacido en Creta á fines del año de 1599, reasumió en su gramática los principios sentados por Antonio Laubogeois, Guillermo Bailly, Jacobo Gretzer, Juan Villalobos, Martín de Roa y Segismundo Lauxmin, primeros Jesuitas que se ocuparon en redactar bajo una forma didáctica las reglas del idioma griego; Simon Derkum, Buenaventura Girandeu, Herman Goldhagen, Pedro Gras y Sanchez de Luna, que aparecieron en seguida, llegaron, por medio del conjunto de sus estudios sobre las raíces, sintaxis, prosodia, acentuacion, cantidad, dialectos, verbos é idiotismos, á iniciar á la juventud en las poesías de Homero y en la elocuencia de Demóstenes. Vencidas ya las primeras dificultades, los PP. Carlos Pajot, Wolfango, Bayer y Soler, se dedicaron sucesivamente á componer diccionarios, y á seguir la etimología de las palabras de las lenguas muertas en las locuciones de las vivas, sin que la ingratitud y aridez propias de estos afanes fuesen capaces de retraer á esos modestos literatos, que, á fuerza de investigaciones, triunfaron de los obstáculos. Habianse improvisado por do quiera helenistas con el objeto de formarlos por todas partes, y donde quiera vieron realizadas sus esperanzas.

Caminando Ignacio Weitenaver, Francisco Bordon y Buenaventura Girandeu por las huellas de Mayr y de Belarmino, se dedicaron al hebreo, Girandeu simplificó el sistema de Mascléf. Estos tres Jesuitas publicaron en diferentes épocas rudimentos, gramáticas y diccionarios hebreos, trabajos que habian ya bosquejado ó terminado los PP. Adan Aigenler, Leopoldo Tirsch, Antonio Jordin, Eduardo Slaughter y Francisco Hoselbauer, cuyo mérito ha salvado el recinto de los colegios y seminarios. Kinher, el Jesuita universal, franquea en su *Prodromus Coptus* un vasto camino á los literatos que pasen á explicar los jeroglíficos. Él es quien reúne los monumentos literarios de los coptos, y que empieza á desenredar el caos de las antigüedades egipcias. Siguele en esta senda tan difícil el P. Ignacio Rossi consagrando los mismos desvelos á la lengua etrusca, en su *Iter Etruscum*, que acababa Kinher de consagrar al idioma de los Faraones, mientras que los PP. Plácido Spatafora y Luis Lanzi, que desarrollaban con actividad las investigaciones de este último, llegaron á darlas un conjunto satisfactorio.

Los Jesuitas no se ocupaban únicamente en la difusión de las lenguas madres: habiales enseñado la experiencia que, para penetrar en el corazón de los pueblos, era indispensable hablar su idioma, poniéndose de este modo al alcance de una ignorancia que solo la caridad podia desterrar, ó improvisándose los gramáticos y lexicógrafos de los bretones, vascos y lituanenses. El Padre Maunoir compuso una gramática, un glosario y algunos cánticos, que aceptó la antigua Armórica y que hoy día mira aun como sus obras modelos; los PP. Manuel Larremandi y Constantino Syrwid hicieron en favor de los vascos y lituanenses lo que Pablo Pereszlengi, Gerónimo German, Bartolomé Cassio, Jaime Micalia, Ardelio de la Bella y Olderman habian emprendido en favor de los húngaros, griegos modernos, esclavones y turcos. Basado el objeto de su misión en la propagación de las luces, y esperando darle cima por medio de la instrucción, en todos los ángulos del mundo, y do quier que se hallaban algunos hombres reunidos en sociedad, trataban desde luego los Padres de amalgamarse á un idioma tan variable como sus deseos; y apenas iniciados en tan innumerables dialectos, estudiaban sus dificultades, explicábaselas á los demás, y reducíanlas á principios como una lengua europea, con el objeto de facilitarles la educación.

El etiope y el árabe contaron por sus primeros lexicógrafos y autores á los PP. Luis de Acevedo, Andrés Oviedo, Fernandez, Lopez del Castillo, Pedro Metoscita, Adriano Parvilliers, Laurentius y Sicardo. El P. Gerónimo Javier trazó á los persas los elementos de su lengua, mientras que los PP. Baltasar Gayó, Eduardo Silva, Gaspar de Villela, Bautista Zola, Pablo Miki y Pedro Navarro impulsaban á los japoneses á seguir los progresos que imprimian los misioneros á su idioma materno. La Armenia, el Indostan, Bengala, Angola, Tongking y Cochinchina vieron elevarse en su seno durante el período de algunos años multitud de misioneros Jesuitas, que no contentos con enseñarles las verdades eternas, les enseñaban á ellos y á sus hijos el amor á sus familias. Era preciso hacerlo todo nuevo en esos reinos reducidos á la barbarie por la superstición: los Padres lo realizaron; pero allí, lo mismo que en los demás puntos, creyeron que nada sería estable mientras no hubiesen dado á todos aquellos dialectos una uniformidad local. Para llevar á cabo este proyecto civilizador, los PP. Jacobo Villote, Tomás Esteban, Pedro Diaz, Francisco Fer-

andez, Alejandro de Rhodes, Gerónimo de Mayorico y Gaspar de Amaral, se hicieron políglotos. Parecieron en aquellas diferentes regiones vocabularios y gramáticas razonadas. Los Jesuitas adoptaban el idioma y daban á conocer sus fundamentos á los indígenas, como el único medio de aficionarlos á la madre patria, y conducirlos paulatinamente al aprecio de los beneficios de la educacion.

Verdad es que en la China no se presentaban los mismos obstáculos, y que en el pueblo no reinaba una ignorancia casi incurable; pero conformándose los Jesuitas con sus costumbres, querían amoldarlos por grados al cristianismo que anunciaban, y á la instruccion de que eran los misioneros. Los PP. Mateo Ricci, Martini, Longobardi, Schall, Gravina, Pantoja, Diaz, Froes, Govea, Orsini, Simoens y otros muchos pasaron á ser los lexicógrafos del celeste imperio. El P. Pomare, en su *Notitia linguae sinicae*, sobrepujó todos estos trabajos, componiendo, no ya una gramática, ni una retórica, sino mas bien un verdadero tratado de literatura china. Roberto de Nobili, José Beschi y Antonio Proenza se ocupaban en profundizar el tamoul, mientras que Esteban de la Cruz ofrecia á los bramias los rudimentos y reglas de su lengua, y mientras que Juan Pons y Ernesto Hansleden revelaban los misterios del sanscrito y del telenga. San Francisco Javier, Manuel Martino, Enriquez y Faraz, compusieron el diccionario malabar; los PP. Galendo, Carochi, de Paredes y del Rincon dieron á luz la gramática y sintaxis mejicana; Valdivia, Febres, Vega y Halberstad formaron el idioma chilense; Andrés White el de Maryland; José Anchieta, Aravio, Figueira y Leon publicaron el glosario brasilense; y por último, Vicente del Águila en Cinaloa, Cornelio Godinez en las riberas del Taramandahu, Pedro Gravina en el origen del Xingu, Machoni entre los Lullos, José Briguiel entre los Abipones, Marban entre los Moxos, Ortega entre los Careanos, Villafane en el seno de los Gauzavos, Barcena y Anasco en el Tucuman, y Samaniego y Aragona en las riberas del Paraguay, se dedicaron á buscar algunos vestigios de lenguaje humano en aquellos dialectos salvajes á que se condenaban, y que llegaron á suavizar. Siéndoles preciso forjar un idioma comun para que sus herederos en las fatigas del apostolado no se viesen precisados á comenzar de nuevo el trabajo que bosquejaban, crearon de una vez ese idioma, enseñaron sus rudimentos

á la misma generacion de quien le tomaran, y llegaron á comunicarles la aficion al estudio. Por largo tiempo los progresos fueron imperceptibles; pero infatigables los misioneros en sus tareas, vieron coronarse por último con el éxito unas tentativas que jamás ha conocido el mundo, y cuyos frutos recogió la civilizacion. Es tan prodigiosa la multitud de gramáticas, diccionarios, sintaxis y demás obras elementales, compuestas por los Jesuitas en todos los idiomas del Nuevo Mundo, que se hace imposible reunir las, y aun saber sus nombres y títulos. Nosotros solo hemos podido dar una débil reseña; pero puede por ella formarse una idea de los trabajos que emprendieron en sus misiones trasatlánticas, con el objeto de propagar la unidad cristiana y la educacion, que con ella es el origen de la ventura.

Cuando tales hombres distribuian la instruccion con el celo de un apóstol, con el desinterés de un religioso, y con aquella seductora amenidad, cuyos relatos han llegado hasta nosotros, debían alcanzar indudablemente inmensos resultados. Para convencernos de esta verdad, no tenemos mas que seguirles de generacion en generacion en la práctica de la enseñanza, y veremos que, entre la existencia apenas terminada del novicio, y la del misionero que va á empezar, habia creado la Sociedad una carrera intermedia. Era la segunda prueba; pero á veces consumia en ella el Jesuita sus fuerzas y su vida. Todos los individuos de la Orden estaban destinados al profesorado; regla general de que no se hallaban dispensados la nobleza, los talentos ni aun los mismos triunfos: estaba hecha para todos, y todos se sometian gustosos á su imperio. El Instituto elegia entre ellos, formando lo mas selecto, que solo una corporacion establecida como esta puede esperar reunir; y de esta manera se dejaron ver desde un principio los primeros discipulos, amigos y émulo de Loyola, distribuyendo á los niños el pan de la ciencia con que acababan de alimentar á las academias y capitales de Europa.

Polanco y Frusis ejercian el profesorado en Padua; Domenech y Estrada en Lovaina; Simon Rodriguez y Cogordan en Coimbra; Andrés Oviedo en Gandía; Salmeron y Bobadilla en Nápoles; Araoz, Miron y Martin Santacruz en Valencia; Villanueva en Alcalá; Fabro, Canisio y Kessel en Colonia; Mendoza y Gonzalo en Valladolid; Palucia en Bolonia; Gaudan y Galvanelli en Venecia; Lancy en Palermo; Pelletier en Ferrara; Laynez en Flo-

rencia; Mercurian y Edmundo Auger en Perusa; Antonio de Córdoba, Borja y Bustamante en Córdoba; Acevedo, Suarez y Manuel Álvarez en Lisboa, y Nadal y Perpiñan en Paris.

Todos estos hombres, cuyos bellos ingenios, y cuyas virtudes mucho mas seductoras han comunicado á sus nombres una fama perpetua, se transformaban en humildes profesores después de haber fundado los colegios en que una obediencia llena de porvenir parecia rebajar en algun modo su celo. Ignacio de Loyola, que habia llegado á concebir la verdadera unidad, la unidad de los talentos, esa unidad que se forma por la concordancia de las doctrinas; única, inmutable y pacífica, porque existe en el catolicismo, donde se encuentra unidad de Dios, de Religion y de Iglesia, no admitia griego, ni romano, ni español, ni francés. Parecia desdeñar esta otra unidad, que circunscriben los rios, las montañas y los tratados diplomáticos, y que dilatándose con la conquista, se fracciona con el desmembramiento de un imperio; unidad facticia é imaginaria, que solo se reduce á un fatal egoismo, elevado á la altura de un cisma humano; trató desde luego de abrazar con el plan de estudios al mundo católico: habíale adoptado á este pensamiento de asociacion fraternal, y le aplicó desde el mismo instante, remitiendo algunos franceses y alemanes á España é Italia, al paso que varios españoles é italianos á los Países Bajos, Francia y Alemania. Esta comunicacion de idiomas y costumbres, en un siglo en que era tan rara entre los pueblos, vino á ser un progreso evidente para la educacion, un nuevo ramo del saber, y un lazo mas estrecho de caridad.

Semejante fusion era indispensable á Loyola, quien habia regulado de tal manera todas las cosas, que jamás esparció en el Instituto ni en los colegios la semilla de la discordia. Antes de la época de los Jesuitas, no existia la educacion nacional; pero habiéndoles quizás suministrado esta idea la misma emigracion de los profesores, ellos fueron los que desarrollaron su germen. En la misma universidad de Paris se habia quedado la educacion nacional en el estado de teoria, y no podia suceder otra cosa. De todos los ángulos de Europa acudian alumnos á este foco de luz: ingleses, alemanes, italianos y españoles, todos concurrían con avidéz á escuchar las lecciones de un maestro, que por lo regular habia abandonado su patria para brillar en un teatro mas vasto; y como por otra parte en estas conferencias se discutía sobre

todas las materias, y la instruccion era repartida á manos llenas, era imposible recibir en ellas la educacion, y mucho menos una educacion nacional. Los catedráticos no se fijaban tampoco en una doctrina identificada por un lazo común: aislados en su gloria ó en sus rivalidades, no tenian otro objeto que el de acrecentar su fama, ó propagar la ciencia y literatura. Los Jesuitas por el contrario; al paso que componian un solo ejército con la mision de difundir simultáneamente la aficion á las letras en cada uno de los países católicos, no ambicionaban un triunfo pasajero, sino un resultado perpetuo. Como individuos, pasaban por un pueblo, sin dejar en él vestigios profundos; pero la Compañía permanecia allí para siempre. Su espíritu dominaba las voluntades, y las amoldaba á las ideas ó doctrinas que era preciso exponer. Como el fin del Jesuita era el de hacer cristianos, sin que por eso excluyese como deberes impuestos por el Evangelio el sentimiento patriótico y el respeto debido al príncipe y á las leyes, apoyado en esta palanca, creaba ciudadanos, y realizaba el deseo emitido por Bacon al hablar de la Compañía de Jesús: «Una sociedad nueva, dice el canciller filósofo<sup>1</sup>, ha reformado por fin las escuelas; ¿por qué razon no se hallan semejantes hombres en todas las naciones?»

Verdad es que en Alemania, Francia y España les suscitaron toda clase de obstáculos; pero fijos en su sistema de educacion forzosamente nacional, no solo lograron superarlos, sino que consiguieron introducir en sus colegios la igualdad. «Hay, dice Descartes<sup>2</sup>, en sus colegios una multitud de jóvenes de todos los barrios de Paris y de todos los puntos de Francia, los cuales forman una cierta mezcla de caracteres por la conversacion de unos con otros, que les enseña casi lo mismo que si viajasen: por último, la igualdad que entre sí profesan los Jesuitas, no tratado de distinto modo á los que son mas ilustres que á los que lo son menos, es una invencion buena en extremo.»

Segun el gran filósofo, los Jesuitas hacian descender este principio de igualdad, que á la sazón solo tenia el carácter de una innovacion, hasta en las tareas y diversiones de la infancia. Condiscípulos los hijos del pueblo, al par que compañeros y amigos de los gran Condé, de los Saboya-Nemours, Conti, Longueville,

<sup>1</sup> *Anales de Filosofia*, por el canciller Bacon, tomo II, pág. 364.

<sup>2</sup> *Obras de Renato Descartes*, carta 90.